

# V domingo de Pascua

---

- **Hch 6, 1-7.** Eligieron a siete hombres llenos del Espíritu Santo.
- **Sal 32. R.** Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti.
- **1 Pe 2, 4-9.** Vosotros, en cambio, sois un linaje elegido, un sacerdocio real.
- **Jn 14, 1-12.** Yo soy el camino y la verdad y la vida.

## 1. ¿Qué dice la Palabra?

Cuando Dios se presentó a Moisés en la zarza ardiente, éste le preguntó su nombre y Dios dijo: «YO SOY». Dios es el que es, el viviente por siempre y para siempre, el no creado, fuente de vida para todos los demás. Por eso mismo, uniendo esta verdad absoluta de Dios como fuente creadora de todo, Juan, pone en labios del mismo Jesús esta frase: «YO SOY EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA».

Pero para eso, antes dice “creed en Dios y creed en Mí”. Es una insistencia en el creer, que tiene su razón final en la salvación. Pues el que cree en Jesús, también cree en el Padre que lo envió. Tal vez es revolucionario para un judío de la época, que veía a un hombre, Jesús de Nazaret, creer que había salido de Dios y era Dios.

Proclamamos este texto en tiempo pascual para recordarnos que Jesús al subir al Padre ofrece a sus discípulos la certeza de que no los abandona: va a prepararles un lugar y volverá para llevarlos consigo a la casa del Padre.

«YO SOY EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA», es la fórmula de revelación más elevada del misterio de Cristo. Jesús, es el camino, justamente porque Él es la verdad y en Él reside la vida. La meta por lo tanto no es Jesús como verdad, sino que a través de Él, llegamos al Padre. La función de Jesús es mediadora, como un camino y puente hacia el Padre, y conociéndolo a Él, permanecemos en la verdad y en Él tenemos la vida, pero también la vida eterna.

Puede ser un lenguaje difícil de entender y por eso Felipe insiste que le muestre al Padre, pero para ver al Padre, es necesario entender la Unión recíproca y sustancial entre el Padre y el Hijo. Conociendo a Jesús y viviendo con Jesús, hay una mirada hacia la eternidad, por eso Él es el camino. Hay que creer en Jesús y creerle a Jesús... Si nuestra fe se muestra fuerte, entonces podremos continuar con la obra que Él nos ha mandado.

La Iglesia, es la extensión visible de la obra de Jesús, el Cristo, el Mesías, el que es Camino, Verdad y Vida.

## 2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

- Nuestra vida también nos presenta inquietudes: ¿podemos distinguir cuáles son las inquietudes que tenemos? ¿Estas inquietudes serán de alguna manera son por la falta de fe?
- Muchos creen en Dios, pero no le creen a Dios. Es decir, saben que Dios existe, pero no cumplen con sus mandatos. ¿Eres tú uno de esos?
- ¿Qué significan cada una de estas afirmaciones de Jesús: Yo soy el Camino, yo soy la verdad, yo soy la vida? ¿Cómo puedo distinguirlas y cómo puedo vivirlas?
- ¿Cómo entiendo esto de que “quien me ve a mí ve a mi Padre”?
- ¿A qué me invita hoy el Señor?
- ¿Qué pasa si creo en Jesús y le creo verdaderamente? ¿Qué tipo de obras podré hacer?

Sería interesante hacer en el grupo un diálogo entre todos sobre dónde la gente cree que encuentra los caminos, y las verdades y las formas de vida, confrontarlo con el Evangelio y constatar cómo muchas veces estamos lejos de cumplir la Palabra de Dios.

## 3. ¿Qué le decimos a Dios?

Gracias por mostrarnos tu unidad con el Padre. Gracias por ser el camino, la verdad y la vida.

Que siempre esté atento a Ti, Señor. En muchas oportunidades, me cuesta entender que debo dar pasos más grandes para encontrarte.

Señor, no quiero caminar otro camino que no seas Tú.

No quiero buscar por otros lados verdades a medias que no seas Tú.

Que la vida que Tú me das, mi vida, esté siempre unida a Ti. Que no busque vidas diferentes a estar contigo, Señor.

Amén

## 4. La voz del Papa

Regina Coeli 10/5/2020

**Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!**

En el Evangelio de hoy (cfr Juan 14, 1-12) escuchamos el inicio del llamado “Discurso de despedida” de Jesús. Se trata de las palabras que Jesús dirige a sus discípulos al terminar la Última Cena, poco antes de enfrentarse a su Pasión. En un momento tan dramático, Jesús comenzó diciendo: «No se turbe vuestro corazón» (v. 1). También nos lo dice a nosotros, en los dramas de nuestras vidas. Pero, ¿qué debemos hacer para que no se turbe nuestro corazón? Porque el corazón se turba.

El Señor indica dos remedios para el turbamiento. El primero es: «Creed en mí» (v. 1). Puede parecer un consejo un poco teórico, abstracto. Sin embargo, Jesús quiere decirnos algo bastante preciso. Él sabe que, en la vida, la peor ansiedad, el turbamiento, viene de la sensación de no tener fuerzas, del sentirse solos y sin un punto de referencia ante lo que nos sucede. Esta angustia, en la que a la dificultad se le añade mayor dificultad, no la podemos superar solos. Necesitamos la ayuda de Jesús, y por esto Jesús nos pide que tengamos fe en Él; es decir, que no nos apoyemos en nosotros mismos sino en Él. Porque la liberación del

turbamiento pasa por la confianza. Encomendarse a Jesús, dar el “salto”. Y esta es la liberación de la angustia. Y Jesús ha resucitado y está vivo precisamente para estar siempre a nuestro lado. Ahora podemos decirle: “Jesús, creo que has resucitado y que me acompañas. Creo que me escuchas. Te traigo todo lo que me turba, mis problemas: tengo fe en Ti y me encomiendo a Ti”.

Además, hay un segundo remedio para la angustia que Jesús expresa del siguiente modo: «En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; [...] voy a prepararos un lugar» (v. 2). Esto es lo que hace Jesús por nosotros: nos ha reservado un lugar en el Cielo. Tomó nuestra humanidad sobre sí mismo para llevarla más allá de la muerte, a un nuevo lugar, al Cielo, para que allí donde está Él, estuviéramos también nosotros. Es la certeza que nos consuela: hay un lugar reservado para cada uno. Hay un lugar para mí también. Cada uno de nosotros puede decir: hay un lugar para mí. No vivimos sin meta ni destino. Se nos espera, somos preciosos. Dios está enamorado de nosotros, somos sus hijos. Y para nosotros ha preparado el lugar más digno y hermoso: el paraíso. No lo olvidemos: la morada que nos espera es el Paraíso. Aquí estamos de paso. Estamos hechos para el Cielo, para la vida eterna, para vivir para siempre. Para siempre: es algo que ni siquiera podemos imaginar ahora. Pero aún más bello es pensar que este para siempre será totalmente en el gozo, en la comunión plena con Dios y con los otros, sin más lágrimas, sin más rencores, sin divisiones ni angustias.

Pero, ¿cómo podemos llegar al Paraíso? ¿Cuál es el camino a seguir? Esta es la frase decisiva de Jesús. Lo dice hoy: «Yo soy el camino» (v. 6). Jesús es el camino para subir al cielo: tener una relación abierta con Él, imitarlo en el amor, seguir sus pasos. Y yo, cristiano, tú, cristiano, cada uno de nosotros, cristianos, podemos preguntarnos: “¿Qué camino sigo?”. Hay caminos que no llevan al Cielo: los caminos de la mundanidad, los caminos para autoafirmarse, los caminos del poder egoísta. Y está el camino de Jesús, el camino del amor humilde, de la oración, de la mansedumbre, de la confianza, del servicio a los demás. No es el camino de mi protagonismo, es el camino de Jesús como protagonista de mi vida. Es ir adelante cada día preguntándole: “Jesús, qué piensas de esta decisión que he tomado? ¿Qué harías en esta situación, con estas personas?”. Nos hará bien preguntar a Jesús, que es el camino, las indicaciones para el Cielo. Que la Virgen, Reina del Cielo, nos ayude a seguir a Jesús, que ha abierto para nosotros el Paraíso.